

COMENTARIO

Procura siempre acertalla el honrado y principal; pero si la acierta mal, defendella y no enmendalla. (De «Las Mocedades del Cid», de Guillén de Castro.)

Nadie ha contribuido más que nosotros a difundir y popularizar en lo posible esta cuarteta que Guillén de Castro pone en boca del conde Lozano cuando éste discute con Peranzules sobre cuestiones de honor en aquel famosísimo diálogo—que debería figurar en todas nuestras antologías—y que es el más condensado código de aquel bárbaro sentimiento que se llamó el honor caballeresco y que fué el que nos trajo a la postración social y política y a la incividad en que luego vinimos a parar. Era un sentimiento profundo y radicalmente anticristiano. Y la horrible mezcla de honor caballeresco y de máximas cristianas produjo el más feo e infecundo híbrido moral, un verdadero monstruo.

El «defendella y no enmendalla» ha llegado a ser el lema de todos aquellos a quienes queriendo perder Dios les quita el juicio, les dementa, antes.

«Y dijo Jehová a Moisés: Cuando hubieres vuelto a Egipto mira que hagas delante de Faraón todas las maravillas que he puesto en tu mano; yo, empero, endureceré su corazón de modo que no dejará ir al pueblo.» Así se dice en el versillo 21 del capítulo IV del «Exodo», y en todo él se ve cómo el Dios terrible de Israel el del Sinaí, el que castigaba en los hijos, hasta la séptima generación, los pecados de los padres y abuelos, endurecía el corazón faraónico para poder luego castigarle. Y el Faraón se empeñaba en defendella y no enmendalla.

Porque, créamelo, hay cosas que no pueden atribuirse más que a una verdadera demencia. «Quos Deus vult perdere, dementat prius».

Demencia es estar dando las espaldas a uno de varios visitantes y luego, al ir a concluir la visita, ponerle los puños frente a la cara y soltarle, temeroso de ira y nada dueño de sí, palabras como éstas u otras parecidas: «¡Me he enterado de su actuación en los últimos tiempos y la encuentro tan impertinente como inoportuna!» Y dejarle al así increpado sin que pueda responder: «Quos Deus vult perdere, dementat prius».

Demencia es dejarse llevar de rabietas como de niño mimado y no bien educado y chillar y descomponerse y no saber sujetarse a sí mismo. Y todo por defenderla y no enmendalla. La obstinación no ha sido

nunca una virtud. Y menos en ciertas alturas. La obstinación es, lo mismo que lo son las rabietas, signo de debilidad.

Y en ciertos graves momentos la mayor demencia es que se metan a muniidores electorales los que parece debían estar sobre las elecciones.

En «El Liberal», de Bilbao, acabamos de leer una noticia que a primeras nos pareció inverosímil, y es que allí, en Bilbao, en aquel nuestro pueblo, va a haber un candidato de Real orden para diputado a Cortes.

Ya en otros Parlamentos hemos oído que había junto a los diputados monárquicos—que eran la mayoría—diputados regios o de Real orden, diputados palaciegos, pertenecientes por lo común a esa lamentable seudobleza de casa y boca, doméstica, a la servidumbre de Palacio. Y hasta parece que alguno de esos criados supuesto noble y tronado—que por tronado se arrimaba al Trono—, a quien se le daba una pensión—digamos una limosna—de Palacio, solía en ciertas situaciones políticas colocarse de gobernador civil en esta o aquella provincia, con lo que Palacio se ahorrraba por algún tiempo la pensión o limosna.

De las postrimerías del reinado del Zar de Rusia, del último y desdichado Romanoff reinante, sabe mos aún poco, muy poco; pero estamos repasando una vez más la edificante historia de los dos últimos Braganzas, de D. Carlos, aquel a quien suicidó Buíça, y de D. Miguel, el que anda, parece que por la glaterra, haciendo... ¿qué? Acaso ni él mismo sepa lo que hace pues tampoco supo antaño lo que se hacía. Reinó o, mejor, soñó que reinaba, el poco tiempo que le duró el sueño aturdido por el duro y sangriento golpe que le llevó al Trono.

Más de una vez hemos oído contar las últimas palabras que referentes a la situación en que quedaba España se dice que pronunció poco antes de morir el Rey D. Alfonso XII. ¡Y qué verdad encerraban! ¿No vagará su sombra alguna vez por aquellos regios aposentos en que vivió después de volver del destierro que, dándole maestros, verdaderos maestros, no criados profesores, le educó, y al vagar no hará al aire confinado de esos aposentos susurros agoreros y amonestaciones de quien supo formarse

en la desgracia? ¡El partido que de esto sacaría un Shakespeare! Y decimos un Shakespeare y no un Molière porque hay cegueras y obstinaciones que llevan a la tragedia.

¡Vengan, vengan las elecciones renovadoras! Su resultado apenas nos interesa; lo que nos interesa son las elecciones mismas. En las que parece va a haber nuevos encasillados. Un encasillado de Palacio; quién sabe si también un encasillado de cuarteles. Y desde luego un encasillado de Bancos y de oficinas de grandes Empresas.

Hay veces que no tiembla la mano al firmar y tiembla todo el cuerpo. Y no es lo peor cuando tiembla de miedo, porque el miedo guarda la viña. Lo peor es cuando tiembla de ira, de rabietas. Y la ira, ya lo decían los griegos, es una pequeña locura. Como no sea la de los grandes iracundos, como lo fueron Moisés y San Pablo. Pero éstos no se airaban por nada que les tocase personalmente. Esa ira, la impersonalizada, es santa. La otra no pasa de demencia.

«¡Defendella y no enmendalla!»
«Quos Deus vult perdere, dementat prius».

Miguel de Unamuno.



VNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDOS.USAL.ES